

Una respuesta cristiana: el hombre de "TECHO"

Una realidad

En las principales ciudades de América Latina coexisten dos mundos muy distintos y muy distantes el uno del otro, pero a la vez muy próximos. Muchas veces sólo una calle de por medio los separa materialmente, pero socialmente entre ellos hay un abismo.

Dos mundos: uno con un ingreso "per cápita" superior al europeo, con la posesión de los bienes de producción, con sus necesidades fundamentales satisfechas, aun en lo superfluo; el otro, con un ingreso "per cápita" inferior al africano, con hambre, con desposesión, con pobreza y con la insatisfacción permanente de sus necesidades más urgentes.

Alejandro del Corro es un jesuita argentino, mediana edad y cabellos plateados y un no-sé-qué de angustia y prisa en su rostro. Es el hombre convencido de que la salvación del pueblo viene del mismo pueblo, aunque los demás, los de arriba, y la Iglesia, deben colaborar a ella. Pero hay que rebasar las fronteras de lo social dentro de las que se prolonga la miseria existencial de nuestro pueblo y ayudar a su promoción económica. Y Alejandro del Corro no se contentó con palabras, sino que se sumergió primeramente en la vida del suburbio, captó sus formidables valores humanos y supo arrancar al duro pedernal la chispa creadora. Su primera obra fue TECHO, una admirable cooperativa de la vivienda "sui generis" que construyó más de 3.700 viviendas populares en uno de los barrios de Santiago de Chile. Pero no bastaban las casitas de emergencia. Había que crear fuentes de trabajo. Y pronto, en menos de seis meses, existían ya en el barrio más de 60 pequeños talleres con unas 200 máquinas de coser. Con los intereses de este trabajo y créditos conseguidos se fueron creando una serie de industrias y muchos de aquellos hombres y mujeres marginados de la vida social y nacional se han incorporado al proceso industrial y económico del país y se han convertido en pequeños industriales. Un nuevo capitalismo popular está ensanchando la vida de millares de miserables.

Y la experiencia ha traspasado las fronteras y Alejandro del Corro ha estimulado experiencias similares en Colombia, Perú, Brasil, México... Importantes empresas de papel y de cartón, compitiendo con empresas capitalistas del país, han surgido por obra y gracia de marginados de los "basureros", de antiguos mendigos. Aun muchos delincuentes han sido incorporados a este proceso de promoción humana y económica.

Y no han faltado hombres de empresa que, convencidos de la eficacia de esta verdadera revolución, han prestado con cristiana caridad y un hondo sentido de justicia social su larga experiencia empresarial a esta marcha hacia adelante del suburbio.

Alejandro del Corro está estos días en Venezuela y sus contactos con los capitanes de industria de nuestro país están creando en ellos un "cambio" en favor de la promoción económica del pueblo. Los hombres del "Dividendo de la Comunidad", por ejemplo, están comprendiendo su mensaje, que es un magnífico complemento a su filosofía, y con esa su buena voluntad, tantas veces destacada en nuestra revista, y su sentido humano y patriótico de nuestra realidad socio-económicas, están sintonizando con las ideas del fundador de "TECHO".

Hemos conversado largamente con el P. Del Corro y fruto de ello son estas impresiones que nos entrega él mismo y que un día completará con sus vivencias venezolanas.

Dos mundos: uno de cultura, de profesión, de técnica, de orden, es "cristiano", piadoso, caritativo, antimarxista y cerrado. Se siente inseguro y teme; el cristianismo en él es un elemento discordante que está instalado como una quinta columna en su propio modo de vivir. El otro es el indigente, el espoliado, el que sobra, el marginado de la vida normal cívica, económica y social del país; es cristiano, es rebelde, no es conservador, no teme y cada día se siente más seguro; tiene en sí una inmensa fuerza revolucionaria que le dan sus necesidades insatisfechas. A esta fuerza natural de reacción que posee se le une, en forma normal, toda la fuerza revolucionaria del cristianismo, de la cual tiene una

conciencia que aumenta tanto más cuanto más cristiano se es.

El marginado

Todo este mundo de la marginación y de la desposesión en América Latina presenta distintas facetas de un mismo problema.

El sector de los marginados geográficos irradiados a los grandes cinturones de pobreza y de miseria que rodean nuestras grandes ciudades, el mundo de los sin techo, de los sin servicio, de los sin ciudad.

Muchas ciudades tratan de disimular y ocultar esta dolorosa realidad como si fuera una lacra y, sin embargo, allí se encierra una gran esperanza para América, por-

que ahí vive una gran parte de su propio pueblo.

Los "cerros" de Caracas, las "callampas" de Chile, las "villas miseria" de Argentina, "cantegriles" de Uruguay, las colonias proletarias de México, los "mocambos" las "favelas" y las "malocas" de Brasil, las "barriadas" de Perú y los tugurios de todas partes, son realidades dolorosas que marcan los comienzos de una marcha y una lucha que ya empezó en todo el continente.

Hay un sector de marginados económicos: son los artesanos, los que viven dentro o fuera de la ciudad, con herramientas y maquinarias primitivas, sin diseño, sin mercado, sin crédito y explotados por los grandes distribuidores. Un pueblo de artifices con hambre.

Son los basureros, los papeleros, los pepenadores, los chepeiros, los lixeiros, una multitud de hombres, mujeres y niños que viven con la basura y con los desperdicios de las grandes ciudades, que llevan en sus manos y en sus caras la marca de la basura y hasta en sus propias almas se ha llegado a formar una sicología del desperdicio, como si ellos también fueran arrojados al basural, igual que lo inservible, explotados por los concesionarios y los revendedores de todo lo recuperable. Hombres atados a la basura y mantenidos en ella por una humillante actitud moral y por una fuerte ligazón económica que aisladamente no pueden romper. Hombres de todos los basurales de América que hoy sacuden un pasado y comienzan a rebelarse y a salir desde las mismas basuras. Llegan desde muy lejos, desde la misma basura, vienen y avanzan.

Los mendigos de nuestras calles céntricas también están al margen de nuestra vida ciudadana; con sus ropas hechas pedazos, con sus actitudes de despecho y de exigencia son un reto a una sociedad hermética que no sólo se niega a aceptarlos, sino que aun los sigue marginando a través de la moneda que les tira. Sin embargo, los mendigos de hoy también vienen.

Los antisociales, la expresión cada día más frecuente para designar no sólo al delincuente, sino también al gran sector del pueblo a quien la injusticia, la necesidad y la desposesión han llevado a la ilegalidad.

Y en todo este sub-mundo de América Latina se está efectuando una transformación insospechada, la concientización de los marginados.

Sus valores

El pueblo pobre, necesitado, insatisfecho, de nuestros suburbios, conserva en su seno grandes valores; valores trascendentes que han resistido a lo largo del tiempo a la injusticia y a la miseria y que

constituyen hoy nuestras grandes reservas y esperanzas. En América Latina hay pobreza y hay miseria, pero no hay miserables, es decir, no hay personas quebradas por la pobreza y la miseria; se les ha doblado al peso de las injusticias como se dobla una barra de acero hasta hundirla en la basura y en el barro, pero no se le ha quebrado; conservan, como el acero, toda su tensión para volver en cualquier momento a nuestro lado con un golpe irresistible e inesperado. Y hoy, ese resorte y ese pueblo comienzan a trepidar y a sacudirse como preludio de un cambio inevitable de posición. Un pueblo pobre, rebelde e indómito y con motivación inmensa para vivir, para trabajar, para luchar.

En ese sector no hay odio; lo que se pretende presentar como una manifestación del odio popular no es del pueblo; los objetivos que con ese odio se persiguen tampoco son para el pueblo, y los agentes que lo llevan, la ideología que lo enseña también son extraños al pueblo. Todavía tenemos en América Latina un pueblo socialmente sano que constituye la materia más apta para un cambio total y positivo de estructura.

Ese pueblo tiene un concepto de sí mismo muy distinto de lo que en general se piensa de él: para muchos este concepto es estático y representa a los que están en la pobreza, a los que están en la miseria, a los que están en la ignorancia, a los que están en la delincuencia, a los que están en la marginación, a los que están. Y como están mal hay que ayudarlos para que estén mejor, pero para que estén, como si tuviéramos necesidad de un pueblo yacente y postrado y ayudado. Por eso existen todos esos analgésicos y calmantes sociales para el pueblo, que cada día resultan más inoperantes, más inútiles y más contraproducentes. Ellos ya no son los que están, son los que vienen, los que salen, los que avanzan, los que se incorporan.

El fenómeno sociológico más interesante, más real y tal vez más desconocido en América Latina es el de su propio pueblo que viene. Viene en una verdadera marcha que aún en sus comienzos es ya incontenible e irreversible. Por suerte, ya no se podrá seguir engañando más al pueblo pobre y necesitado.

Este sector, indigente y espoliado, no quebrado, sin odio y que viene, tiene en sí mismo una inmensa fuerza revolucionaria, de la cual cada día es más consciente; ha entregado su trabajo a la comunidad y en justicia tiene derecho a los bienes que necesita para satisfacer su indigencia, y sabe que estos bienes le son arrebatados legalmente por unas estructuras económico-sociales y políticas en beneficio de la clase proletaria. La indigencia insatisfecha los llevará necesariamente a rebelarse y

a luchar en contra de esas estructuras que le impiden llegar a los bienes que su indigencia necesita. El trabajador cristiano sumará a esta fuerza natural de reacción que posee la fuerza revolucionaria del cristianismo. El cristiano expoliado es el tipo más perfecto del hombre revolucionario. Y esos hombres existen en nuestros pueblos necesitados.

Sus fracasos

Desde hace ya bastante tiempo se vienen realizando una serie de esfuerzos de conjunto para ayudar a los sectores más necesitados a solucionar su indigencia, pero siempre han terminado en una serie de frustraciones y fracasos que más que a los hombres se deben a los esquemas que se han llevado y que se han empleado y que se quieren seguir manteniendo.

Se han empleado y se siguen empleando en forma sistemática esquemas de importancia QUE NO PUEDEN LLEGAR A SOLUCIONAR EL PROBLEMA. Son las respuestas clásicas de asistencialismo, de paternalismo y de proteccionismo en todas sus variadas y disimuladas formas. Es un calmante que apenas logran ocultar los síntomas de una larga dolencia grave e incurable por esos métodos. A través de ella, lentamente, nuestros pueblos artifices, laboriosos y rebeldes se han ido convirtiendo en una masa gigantesca de mendigos colectivos y organizados, y que, a pesar de todo, no llegan ni van a llegar nunca a resignarse a ello. Son partes que no sirven para el neumático podrido que queremos conservar, tratando de esa manera de evitar inútilmente el cambio por un neumático nuevo.

Otra respuesta a los necesitados la forman los esquemas de urgencia y no únicamente las urgencias de las cuales son víctimas los marginados, sino principalmente las urgencias que afectan también a los organismos de planificación y ayuda. Todo es urgente: la falta de agua, de luz, de casas, de alimentos, de ropas, de zapatos, de organización. Y esta precipitación en la respuesta está dando como resultado una solución periférica y superficial y se sigue con agua y con luz y con casas, siguen marginados y necesitados como antes o peor que antes. Por este camino se están solucionando sin término los efectos y las consecuencias de la pobreza y de la miseria, pero no se tiene ni la visión, ni la audacia, ni el valor de enfrentarse con las causas mismas de la marginación, de la indigencia, cuyas raíces profundas trascienden más allá del suburbio, de la favela y del mocambo. Y el pueblo, en su marcha, aunque tarde muchos años, quiere llegar hasta las causas mismas que producen sus males.

Otras soluciones ya se presentan con un aspecto más económico y

más técnico, pero no logran romper el círculo vicioso de la miseria. Organizaciones sociales pseudo-económicas de todas clases, organizaciones de una comunidad aislada y sin reservas ni recursos; acción comunal para lograr por medio del trabajo en común algunos servicios que por falta de recursos no pueden obtener en otra forma: juntas vecinales, centros de madres, sindicatos y ligas de defensa artesanal, algunas formas de cooperativismo de vivienda, de consumo y ahorro, entidades deportivas y culturales, asociaciones mutualistas para la ayuda en caso de defunción, para conseguir los remedios más indispensables y, como éstas, una multitud de organizaciones semejantes.

Si analizamos en conjunto todas estas organizaciones, nos encontraremos que en última instancia se reducen a distintas formas para tratar de juntar y ahorrar dinero en donde no hay dinero. Cada vez más entusiasmo, más esfuerzo, sin lograr salir de ese círculo cerrado y vicioso dentro del cual los sectores más necesitados ya comienzan a sentir la sensación de frustración y de cansancio.

¿No sería mejor comenzar en estos sectores creando fuentes de producción y de trabajo que produzcan dinero para la vivienda, para el consumo, para el ahorro, para todas sus necesidades? Todos estos esquemas son para mejorar, pero no para cambiar la situación social y económica de los necesitados.

Sus objetivos

Todas estas fuerzas vivas de los necesitados se dirigen a objetivos cada vez más precisos y concretos: el cambio: marxista o cristiano, pero quieren el cambio. Ya no piensan en seguir tratando de mejorar una situación que ya es inmejorable. A este cambio lo tenemos que ver y aceptar nosotros bajo un triple aspecto.

1.—Un cambio ideológico en nuestra actitud mental y psicológica frente al pueblo.

Para ello necesitamos, en primer lugar, comprensión, no compasión. Comprender a los necesitados tales como ellos son, con sus vicios y con sus virtudes, con sus pequeñeces y con sus grandezas. Hay que aceptarlos tales como se les ha obligado a ser y como se les ha formado durante muchos años; hay que aceptarlos despersonalizados, irresponsables, desconfiados, acomplejados, rebeldes. Sobre todo, hay que tratar de comprender profundamente esa fuerza inmensa que se está generando para el cambio en todos los sectores necesitados de nuestro pueblo y que puede llegar, en corto plazo, a ser incontenible.

Para este cambio ideológico se necesita fe. Una fe muy grande en el pobre, en el necesitado, en el marginado; fe en los valores inherentes a la persona humana, fe en la organización incipiente del necesitado. Fe en los grandes valores de reacción, de compensación y de lucha que en su pobreza encierran nuestros pueblos. Fe en los valores para el pueblo, es decir, en los valores de la cultura, de la profesión, de la técnica, de la economía; y, por último, fe en una verdadera síntesis cristiana entre los valores del pueblo y los valores para el pueblo.

Para llegar a un cambio ideológico es necesario realizar de nuevo el concepto de encarnación como principio de redención. "Y el Verbo se encarnó y convivió con nosotros." Dios tomó una naturaleza humana, pero sin dejar de ser lo que era. Era el Verbo, la expresión de la palabra de Dios; tomó un dialecto pobre, nuestra palabra, nuestra expresión humana, y en ella depositó los grandes conceptos de la vida trinitaria de Dios, del Verbo, del Espíritu, de la Eucaristía, de la gracia, del reino.

Luego convivió con los hombres, con todo lo que significa para Dios nuestra pobre convivencia humana. Y así, desde dentro, se realizó la redención, la primera, y en ella, todas las demás.

¿Qué es volver a la Encarnación hoy en nuestra incorporación al pueblo? Es tomar una nueva mentalidad, una nueva manera de actuar y pensar, sin fricción, sin perder los primitivos valores, llevando al necesitado todo para encarnarlo y para entregarlo todo. Es tomar ese lenguaje, el de ellos, para traducir en él los grandes conceptos de la cultura, de la ciencia, de la técnica, de la economía, del cristianismo, del sacerdote. Y, por último, es convivencia, es compartir, en una forma normal, nuestra vida con la vida desconocida e ignorada de ellos.

2.—Cambio económico.

El desposeído tiene un sentido extraordinario sobre la propiedad privada que no tiene y precisamente porque no la tiene la busca igual que el enfermo busca la salud que no tiene. Este sector, que apenas ha tenido acceso a los bienes de consumo, ahora quiere llegar a poseer la manera normal de conseguirlos y ésta es la posibilidad de participar en la posesión de los bienes que producen en el país. El desposeído quiere tener igualdad de posibilidades e iguales esquemas.

¿Por qué habría que continuar todavía empleando dos lenguajes, dos esquemas distintos? Uno para el sector productor, dirigente, propietario, culto; y otro para el pueblo insatisfecho, necesitado, pobre y sin cultura.

¿Cómo se llaman los famosos esquemas populares? Auxilio social, Roperó del pueblo, Caritas, Acción comunal, Organización de la comunidad, Sociedades de caridad y beneficencia, Cruzados sociales, Asociaciones de favelados, de pobladores, de artesanos, Uniones de defensa y una multitud cada vez más numerosa de organizaciones privadas y estatales.

En el otro sector también hay acción común, también hay organización de la comunidad, también hay valores solidarios unidos; pero no llevan esos nombres, no se utilizan esos esquemas. Allá se llama Sociedad Anónima o Sociedad de Responsabilidad Limitada o corporación o empresa. Ninguno de los grandes místicos y entusiastas de estos esquemas populares los adopta para sus propios sectores y en sus propias industrias. Todo esto es sólo para ellos, para el pueblo necesitado.

¿Por qué, en este momento en que el pueblo viene buscando una respuesta, y una respuesta profunda, a sus grandes problemas, no les presentamos los mismos esquemas, los esquemas que sirven, que producen, que incorporan, y terminamos de una vez con el mito de la ayuda al proletario, del calmante y del engaño del pueblo?

Nuestros pueblos necesitados en América Latina son socialmente muy unidos, son víctimas de toda clase de organizaciones sociales y viven organizándose y uniéndose continuamente, pero sólo en el aspecto social. En lo económico, son individualistas, aislados, egoístas, separados; y a veces por unas verdaderas insignificancias. Las mismas necesidades insatisfechas los unen en lo social y los separan en lo económico.

A esos mendigos, a esos necesitados, a esos pobres, hay que unirlos no sólo en asociaciones sociales de supervivencia o de defensa, sino también hay que unirlos en lo productivo, en lo económico. En el actual proceso industrial de América Latina, la industria complementaria de la gran industria puede, en gran parte, ser ejercida por estos sectores marginados si se organizan convenientemente.

3.—Cambio de estructuras.

La mala distribución de los bienes, injusta y legal, mantiene desniveles muy grandes y tensiones que se van acumulando en polos opuestos. Como reacción, van apareciendo esquemas compensadores de equilibrio, dieléctricos y aislantes, que tratan de impedir una descarga. Hay conciencia de que en justicia hay que pasar algo al pueblo desposeído como para contentarlo y para calmarlo. Pero nuestros pueblos rebeldes continúan y van a continuar insatisfechos y ofendidos, porque no es eso lo que principalmente quieren. Antes de

darle cosas en dólares o en servicios, hay que devolverles todo lo que se les ha robado antes que el dinero; eso es lo último que va a exigir el pueblo aun en su desposesión y en su miseria. Hay que devolverles, en primer lugar, la personalidad. El ambiente de los suburbios y el ambiente de la pobreza y de la injusticia despersonalizan al hombre. Hay que dar el derecho que les corresponde a toda clase de organizaciones, aun en lo económico y lo social; hay que devolverles la autoridad en la conducción de su marcha, de su salida, de su rebeldía. Existe un gran temor, y por eso se trata de mantener por lo menos el control económico de esas estructuras del pueblo. Hay que devolverles la responsabilidad que paulatinamente se les ha estado quitando. Otros van tomando esa responsabilidad que les correspondía a ellos. Hay que devolverles la confianza, la fe; toda una multitud de organismos, intermediarios para el pueblo, se presentan como dignos de confianza y de fe ante el país y ante el exterior, y en ellos se cree y a ellos se ayuda; no al pueblo. Hay que devolverles sobre todo la motivación, que es aquello que provoca y justifica toda clase de ayuda. Esos valores de reacción que tiene el pueblo, esos valores de compensación, ese sentido de lucha y superación, aun en su pobreza y su miseria, es la motivación que le pertenece y que es de él, pero que se la roban y se la presenta y que se la utiliza para conseguir ayuda de organismos nacionales e internacionales, no directamente para el pueblo, en el que no se cree, sino para los organismos de servicio, a fin de que éstos, a su vez, ayuden al pueblo. Hay que devolver todo lo que se ha quitado lentamente al pueblo. Todo lo demás vendrá por añadidura.

Una estructura de síntesis entre los grandes valores del pueblo y los grandes valores para el pueblo, síntesis que en América cada vez se va polarizando más, concentrando más, en dos sectores distintos complementarios y cada vez más próximos; entre los necesitados y cristianos y los empresarios cristianos.

En el momento del desarrollo de la gran industrialización de la América Latina van apareciendo los marginados y los empresarios como un símbolo de esa síntesis cristiana que se viene. UNIAPAC ha concentrado su prioridad y su acción en América Latina; uno de los objetivos de UNIAPAC ha sido que la actuación del empresario trascienda de los límites de la prosperidad de su propia empresa para cooperar en la prosperidad del conjunto económico nacional. La doctrina social cristiana, a la que aspira UNIAPAC, exige que todos los hombres puedan participar en los bienes económicos y un sistema

social justo, y que en él cada hombre pueda desarrollar plenamente su propia personalidad.

Esta doctrina está encaminada a lograr la humanización de la economía para que los sistemas económicos, sociales y políticos concurren a la promoción del hombre en todos los campos de su actividad material, intelectual, cultural, moral. En la creación de desarrollo de esquemas de esta naturaleza deben participar los dirigentes económicos. Podrán contribuir:

- a) En el interior de sus empresas con la humanización de las mismas.
- b) En el nivel nacional, cooperando para crear estructuras en que los mecanismos de la producción de bienes estén ordenados a satisfacer las necesidades prioritarias del hombre.
- c) En el plano internacional para lograr una complementación de las economías para una mayor distribución de los bienes entre las naciones.

Objetivo principal de UNAPAC es que el progreso humano y el progreso económico estén enteramente ligados, concediendo primacía siempre al progreso humano. Esta presencia activa hará del dirigente económico un agente del desarrollo, capacitado para poner su conocimiento, sus condiciones especiales, al servicio de los otros componentes de la sociedad. Por eso, en la hora actual, ¿no corresponderá a UNAPAC, a sus hombres de empresa, de producción de técnica, la trascendental misión de recibir dentro de nuevos esquemas cristianos, que ellos sí conocen y sí poseen, a sus propios pueblos que vienen buscando esa comprensión? Empresarios cristianos para recibir y transformar a los mendigos de ayer, en los empresarios cristianos de hoy y de mañana.

Integración nacional

En medio de la multitud de obras asistenciales, sociales, culturales y técnicas para los sectores más necesitados, comienza en esos mismos sectores y en ese mismo pueblo actuado y necesitado una tendencia nacida de su propia conciencia en el momento actual; quieren dejar de ser el objeto y el término de las organizaciones actuales, de acciones actuantes y redentoras, y quieren constituirse en el sujeto de su propia integración a la vida cívica, económica y normal de su país. No creen en el mito del obrerismo, ni les interesan las místicas de las asociaciones de favorecidos, de necesitados, de pobladores, de marginados que todavía hacen resaltar más su propia separación de todos los valores que

necesitan incorporar en sus propias estructuras que surgen.

¿Hasta cuándo seguiremos pensando que los pobres, los necesitados de América Latina, sólo son capaces de recibir, sin término, limosna de pesos y de servicios, nacionales o extranjeros? El pueblo busca personas que tengan todos los valores sociales, culturales, técnicos, económicos, profesionales que necesitan en su estructura y en su marcha. Pero los quiere dentro, identificados, integrados y comprometidos con su causa. Ya hay una cierta decepción de la gente de sólo buena voluntad, cuando ya están en juego las grandes determinaciones de los necesitados de todo el continente.

Esta integración nacional supone una entidad que actúe como catalizador en esta reacción de síntesis cristiana de valores. Una organización cúpula, una sociedad civil sin fines de lucro de una duración indefinida con sede en las capitales de los países y con filiales en todo el resto. Sus miembros serán industriales pertenecientes a la grande y a la pequeña industria, que ya se está formando en el sector de los necesitados. Sus objetivos serán: la concentración de todas las fuerzas cristianas de nuestros pueblos en orden a su propia integración total a la vida normal del país.

La unión económica, tecnológica, social y cultural de los centros y asociaciones de desarrollo; producción en los sectores marginados para una mayor orientación, formación y defensa.

La promoción y formación de centros de desarrollo industrial y rural, en cada país, que permitan el acceso de los desposeídos a la propiedad de los bienes de producción y de servicios.

La elaboración de programas de desarrollo realistas y financiables que tengan en cuenta los valores existentes, las experiencias adquiridas en otros países desarrollados.

Estudio, investigación y elaboración de modelos de desarrollo social, cultural y técnico de los sectores más necesitados.

Crear un centro de inversión para cooperar a la formación de recursos humanos y materiales que pueda estimular y ampliar el flujo de capitales extranjeros y encauzar la ayuda de los organismos nacionales e internacionales para el desarrollo.

Constituir un grupo de influencias ante instituciones públicas y privadas, nacionales e internacionales.

Estudiar las posibilidades de distribución de mercado nacional y extranjero.

Establecer un vínculo entre los organismos privados que se han

consagrado a la cooperación técnica en Europa, Estados Unidos y América Latina.

Otorgamiento de establecimientos fiscales y de amortización para la puesta en marcha a nuevos proyectos.

Disponer de suficientes medios de acción, en especial financieros.

Orientación de la cooperación técnica en el plano geográfico y funcional.

Proporcionar informaciones sobre las necesidades de cada país y de América Latina y sobre la cooperación de América Latina, de Europa y de Estados Unidos.

Crear centros de formación con gente especializada y establecer contactos con los centros de formación técnica de América y de Europa.

Los empresarios cristianos tienen que integrar la visión cristiana de la empresa con todos los valores de la persona humana y dando al capital la función del bien común que tiene que cumplir. Ellos son los que tienen que dar a las industrias del pueblo la dimensión técnica, económica y financiera que necesitan para surgir.

Los empresarios cristianos tienen que hacer la donación de algo que les cuesta: tienen que dar las experiencias de su vida empresarial, el prestigio y las influencias que rodean a todo este sector, que rodean a toda su organización de empresarios.

Los empresarios cristianos tienen que ser los agentes de la integración, y sus valores tienen que entrar dentro de las estructuras obreras que surgen, para poder formar una concentración de todos esos valores, de todas esas fuerzas.

Esta estructura tiene que tener características típicas; primero, tiene que ser una estructura trascendente, que llegue a las causas que producen todos esos males, que no se detengan en solucionar los efectos.

Tiene que ser una estructura doctrinal, es decir, no confesional; cristiana, pero que todos los que la necesitan la acepten.

Tiene que ser una respuesta económica a un problema que es también económico.

Tiene que ser tecnológica, con la adaptación de todos los medios conducentes al desenvolvimiento de las estructuras económicas populares.

Tiene que ser cultural y social y realizada en el plano nacional para llegar a que esta integración sea a corto plazo, entendida en el plano latinoamericano.

Las consecuencias de una integración nacional van a empezar a notarse pronto. Una fuerza nueva, inmensa, insospechada, cristiana, que ya comienza a aparecer. Son las avanzadas de todo un pueblo que viene.

GUAYANA DE AYER Y DE HOY

REFLEXIONES EN TORNO A "CANAIMA"

1) Argumento de la novela:

Marcos Vargas, guayanés formado en Trinidad, es un joven robusto plétórico de cualidades. Vuelto de Trinidad, se instala en Uputa. El caudillismo, venalidad de los jefes civiles, la barbarie y el espíritu de venganza campean en la región. La naturaleza bravía de Vargas acepta el "reto" de estas dificultades, más por "hombría" que por civismo. Tiene un encuentro con Juan Solito, vagabundo errante de la selva, quien le influye subconscientemente para que se deje de planes civilizadores y se adentre en la selva para escudriñar sus misterios. En el conocimiento de la selva reside la verdadera felicidad y fortuna. Vargas siente el hechizo de esta vida instintiva y surge una lucha entre el Marcos Vargas civilizador y el Vargas "macho" que se alimenta de instintos. Vence la selva y Vargas se precipita en la terrible y fascinante selva de Guayana, rebotante de riquezas, misterios y Dorados. El presunto civilizador se reduce a escombros. Corren rumores de que Vargas se ha hecho parte viva de la selva, con quien se identificó. Sólo se sabe que un hijo de Vargas, fruto de la unión con la india Aymara, llega un día a Ciudad Bolívar y pide la reintegración a la civilización. Este hijo de Vargas y la india parece simbolizar la nueva y joven Venezuela.

2) La Guayana anterior a "Canaima":

"Guayana frustrada. La que todavía no ha sido y la que ya no es. La de los caudalosos ríos desiertos por cuyas aguas sólo navegan las sombras de las nubes, la de las inmensas energías baldías de los fragorosos saltos desaprovechados, y la de los pueblos tristes, ruinosos, sin tránsito por el día ni luz por la noche, donde el guayanés suspira y dice al forastero: —¡Esto fue!"